

el socialismo no ha muerto

"Para la izquierda tradicional, el socialismo es el camino más largo entre el capitalismo y el capitalismo". Lo dijo alguien no sé dónde, y lo repitió en el Uruguay un diputado pegepista, al que acaso pertenezca en propio el adjetivo "tradicional", que, según creo, nació aquí para designar al P.S. y al P.C. Es sin duda una definición exacta de la situación

actual, que se puede aplicar tanto al "socialismo real" de los países del Este europeo, como a la Francia de Mitterrand o a la España de Felipe González. En Rusia y China resurge la empresa privada y se solicita la inversión extranjera; en Occidente, el socialista Mitterrand ha borrado el socialismo de su vocabulario y el socialista Felipe busca la prosperi-

dad en el desarrollo neocapitalista. Los conservadores -si se puede llamar conservadores a los que pueblan y manejan el tren tecnológico en carrera desenfrenada hacia lo desconocido- proclaman orgullosamente: "El socialismo ha muerto".

Y bien, no. Nosotros, los socialistas libertarios, no compartimos ese complejo de fracaso, contra el que luchan sin éxito, en este momento, los socialistas autoritarios. Somos pocos, estamos "en crisis" como todo el mundo, ya que esta es una característica del momento, pero podemos decir bien alto: el socialismo no ha muerto, ni morirá.

El que ha muerto es el pseudo-socialismo, es el capitalismo de estado, basado en el salario, es decir en la explotación de la mano de obra. El estado absoluto, único gestor de la economía, es decir el sistema que ha dominado en Rusia hasta las reformas actuales, nada tiene de socialista; es más opresivo que el estado capitalista sin ser menos explotador. La única ventaja es la misma que tiene la esclavitud: no hay desocupación visible. Pero hay además la desventaja de la pesadez burocrática, que, al límite, se vuelve inercia. Lo que ha pasado era previsible y ya lo había previsto Bakunin en el siglo pasado. Cosas análogas se pueden decir de las nacionalizaciones, que han sido la única obra realizada con intenciones socialistas por las socialdemocracias occidentales.

Ha fracasado el socialismo de Marx, no el de Bakunin y



Proudhon. El socialismo autogestivo y pluralista, el socialismo libertario, está más vivo que nunca, tan vivo que ha quedado hoy, en la aún vaga intuición de muchos, como opción natural frente a un capitalismo explotador, contaminador, consumista, que, a través de una tecnología dirigida locamente a la ganancia de pocos, nos lleva a la muerte.

Es hoy más verdadera que nunca la definición proudhoniana de la propiedad como robo. Solo que la propiedad, como el estado, tiene características nuevas. El neocapitalismo significa el poder del alto y dinámico burocrata de las multinacionales, la explotación impersonal a distancia, la prevalencia de la especulación financiera, la competencia basada en la renovación continua de las tecnologías, la disminución numérica en progresión geométrica de la mano de obra manual con aumento en progresión aritmética del trabajo de los técnicos, la importancia de la información... En el horizonte, la amenaza de la guerra nuclear, de la desocupación masiva, de la presión demográfica, de la contaminación, de la droga con su séquito de irracionalidad; en ese mismo horizonte, la esperanza del alimento para todos, del aumento del tiempo libre, de la prolongación de la vida, de la descentralización, fruto de nuevas fuentes de energía, de posibilidades inéditas para el ser humano, para todos los seres humanos. Pero todas esas esperanzas están condicionadas a algún tipo de solidaridad socialista que nos haga salir de este juego infernal del consumir cualquier cosa y cada vez más de cualquier cosa para que el aumento de la producción de cualquier

cosa (alimentos, vestidos, armas, drogas...) acreciente las ganancias y el poder de núcleos sociales que defienden con cualquier medio su posición hegemónica.

En el momento en que el ser humano parece haber tocado el punto más alto de su potencia creativa, estamos en el tobogán hacia el abismo, por culpa de este absurdo sistema que derrocha, en beneficio de pocos, enormes esfuerzos de grandes masas trabajadoras (obreros y técnicos) en la creación de cosas inútiles o perjudiciales, mientras hay pueblos enteros que se mueren de hambre. Si no llegamos a tiempo a substituir el criterio empresarial de la rentabilidad para algunos por el otro de la utilidad para todos, es decir el criterio razonable y obvio de la buena madre de familia, estamos perdidos, y muchos lo piensan, más o menos claramente. Por algo, autogestión es palabra de moda.

Hubo hace algunos días aquí una mesa redonda televisiva sobre la perestroika. Con la excepción de los representantes del socialismo y del comunismo (me refiero a los partidos), los panelistas dijeron en coro: el socialismo ha fracasado. Alguien se acordó de la autogestión para decir que también

había fracasado: y adujo a título de ejemplo, Yugoslavia, como si fuera posible una verdadera autogestión en un régimen de partido único... La autogestión prueba su eficiencia todos los días en la microexperiencia de las cooperativas en todo el mundo, inclusive aquí (Fucvam, con todas sus dificultades, naturales y provocadas, es un ejemplo de vitalidad: las casas están); los kibutzim israelíes, aunque el gobierno no los favorece, tienen en sus manos el 40% de la producción nacional, en el período 1936-39, en la España revolucionaria, las colectividades de Aragón, a pesar de la cercanía del frente y de haber sido devastadas por Lister, han durado eficientemente hasta la victoria franquista, y lo mismo se puede decir de la gestión sindical en Cataluña y en el Levante. La economía alternativa, que está surgiendo en la base, fuera del sistema, y de su aparato publicitario, se está multiplicando en los países pobres y no es toda ella positiva, pero constituye un fértil terreno de experimentación.

Hay muchas cosas en el mundo que no están en los textos de economía.

Y el socialismo no ha muerto.

L.F.

